

**CICCA
TRICES
BAUO
LA PIEL
VOCES DE
MUJERES
EN LUCHA
LUCIANA ROSSI**

BÄRENHAUS

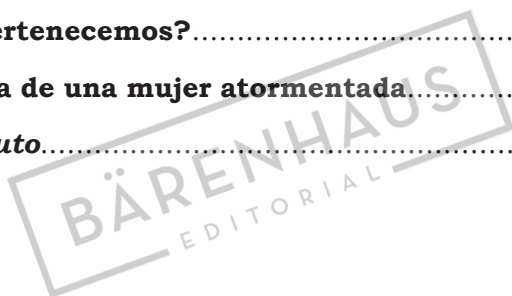
**CICA
TRICES
BAJO
LA PIEL
VOCES DE
MUJERES
EN LUCHA
LUCIANA ROSSI**

BÄRENHAUS

ÍNDICE

Como un cuento de hadas	15
Introducción	17
Prólogo. Todo comienza desde que somos niñas	21
Los testimonios. Parte 1	
Isabela.....	27
Luna.....	30
Carla.....	32
Celeste.....	35
La necesidad instintiva (y la búsqueda de poder)	39
Los testimonios. Parte 2	
Martina.....	45
Belén.....	48
Ema.....	52
Camila.....	58
Los estereotipos y el ser	63
Historia de una mujer encerrada	67

Los medios de comunicación	69
1. Sexualización de mujeres.....	71
2. Denigración de las mujeres.....	73
3. Incursión en la industria.....	74
4. Visibilización de casos importantes.....	75
Historia de una mujer asesinada	77
La lucha y la equidad	81
Historia de una mujer ahogada	85
Historia de una mujer atrapada	87
El género	89
¿Les pertenecemos?	93
Historia de una mujer atormentada	95
<i>Mi minuto</i>	97



Nolite tes castardes carborundorumt.
No dejes que los indeseables te dobleguen.

Margaret Atwood



*Agradezco a todas las chicas que confiaron en mí
para contar su historia. Espero hacerles honor.*

*También a mi papá, por darme la confianza para
escribir mi primer libro.*



Todos los nombres utilizados en este libro son ficticios, para proteger las identidades de las protagonistas. Son historias reales y crudas que muestran las experiencias diarias de la mujer.



COMO UN CUENTO DE HADAS

Érase una vez, en un lugar muy, muy lejano, un castillo. Y en ese castillo, una habitación rosada llena de vida, todo color rosa, tal como sucede en un cuento de hadas. Allí habitaba una princesa vestida de color rosa, con muebles rosas, con flores por todo su cuarto, hasta la cama era del mismo color. A ella le gustaba ese color y aunque no lo supiera, era porque el rosa representaba su “feminidad”, su inocencia. Un día llegó un príncipe al castillo, ella lo invitó a quedarse, flechada por el mismo amor que él le declaró. El príncipe se quedó a vivir en el castillo y parecía estar a gusto en el cuarto rosa lleno de inocencia y paz. Pasó el tiempo y la princesa lo amaba más y más, y lo hacía incondicionalmente. ¡Ah, el amor incondicional! Es algo con lo que no se debe jugar.

Un día, el príncipe comenzó a cambiar y a mostrarse autoritario e irascible: fue agarrando pequeñas cosas del cuarto de la princesa, frente a sus ojos, sin que ella quisiera, y se las tiró. Tomó primero sus flores una por una; luego sus Barbies, sus vestidos rosas. La obligó a usar otros vestidos feos y oscuros, la hacía guardar silencio, le decía que no sabía hacer

nada. El rosado del cuarto se fue desvaneciendo poco a poco y las paredes comenzaron a pintarse de negro. Primero una esquina, después la otra, y la otra, hasta llegar a las cuatro esquinas del lugar. El color negro aparecía cada vez más y más cuando el príncipe se enojaba con ella. El techo se volvió negro y el cuarto se quedó vacío porque la princesa se desvaneció. Nadie sabe el porqué, nadie sabe cómo llegó a un final tan trágico, ya que ella amaba al príncipe incondicionalmente y nunca dejó de amarlo. Fue como si la princesa hubiera desarrollado síndrome de Estocolmo, ya que el príncipe nunca dejó que ella se fuera, y la princesa no pudo soltarlo por más que la hubiera traumatado, herido y denigrado hasta que ella se volviera casi nadie. De esto se trata la violencia psicológica, eso es una relación de maltrato, abusiva. Esa es la experiencia de muchas, demasiadas mujeres.

INTRODUCCIÓN

Soy mujer. Soy mujer en 2023, un tiempo en el que muchas cosas han cambiado favorablemente para las mujeres, pero la violencia contra nosotras sigue tan activa como siempre. Aunque a mí no me suceda, a otras les pasa todos los días. La violencia se encuentra en todos lados: en el otro, en la calle, en tu casa. Hay mujeres que conviven con ella como algo cotidiano. Y no importan las excusas que se crean para justificarla, para demostrar que se la merecen, porque sabemos que más allá de cualquier pretexto, la violencia es por ser mujeres.

¿Qué dicen muchos hombres cuando ejercen violencia sobre una mujer? “La violé porque estaba vestida como puta”. O simplemente, “esta es la mía”. No importa cuál sea la justificación, lo peligroso es que la sociedad siga avalando esa conducta, porque hace falta mucho todavía para que el machismo desaparezca. Un gran sector de la población aun piensa que la mujer no vale más que el hombre, o no se merece el respeto que este sí tiene; que las mujeres deben aprender a ser educadas y perfectas para complacer al hombre y si no es así, entonces deben ser castigadas. El castigo

es constante para la mujer, todavía es imparabile. Así lo vemos todos los días en las noticias, o nos enteramos por relatos de gente cercana.

Este libro está escrito para las mujeres. Las mujeres que alguna vez sufrieron algún tipo de violencia, las mujeres que sí se cuestionan, las mujeres que sienten por la otra. Pero también para los hombres, que no sienten cercanos los hechos porque no sufren esa violencia, pero que pueden entenderla.

18 La violencia y la inequidad están presentes todo el tiempo y debemos buscar los medios y recursos para cambiar esa situación. En las páginas que siguen hay muchos testimonios duros, durísimos, y también reflexión, escritos personales y una conversación con dos antropólogas especialistas en cuestiones de género. Fui escribiendo a partir de una necesidad profunda de comunicar y también para seguir pensando, porque hay que seguir pensando. Salir de las polaridades es un trabajo por hacer, reconocer nuestro lugar de víctimas pero también buscar las formas de recuperarnos para no ser eternamente víctimas, porque si no, no hay sanación ni futuro. Porque si no, el culpable es siempre el otro y eso, lo sabemos, no ayuda en nada para vernos, para ver qué ha pasado con nosotras.

Las víctimas de violencia machista tienen, en su mayoría, una historia de violencia familiar, algún maltrato, una herida que atenta contra la autoestima y que es la que permite el avance posterior del otro, del varón que a su vez ejerce violencia. Esto también hay que verlo para sanar. La sanación es

posible siempre y cuando haya reconocimiento, haya reparación externa e interna.

También es cierto que las nuevas generaciones de varones empiezan a tener una visión y mentalidad diferente, no todos, pero sí muchos. El camino para cambiar el estado de cosas es largo. Mientras eso sucede, me invito y te invito a seguir pensando, conversando, actuando.



PRÓLOGO

Todo comienza desde que somos niñas

Cuando somos niñas es cuando empieza la violencia. Muchos dirán que son simplemente formas de educar, otros que es algo muy tradicional, que no tiene nada de malo. Desde pequeña me dijeron que me siente como una señorita, que coma como una señorita, que hable como tal. En el fondo, este tipo de educación busca complacer al hombre. Es algo denominado “micromachismo”, un tipo de machismo imprescindible para el desarrollo de una cultura machista. El micromachismo es aquel comentario o acción que pretende parecer indefensa, pero que a la larga va creciendo para alimentar la cabeza de la mujer y del hombre. Consiste en “enseñar” cómo una debe actuar, qué debe decir, cómo debe caminar, incluso respirar.

Cuando era chica todo era de color rosa o violeta. Mi cuarto era rosa. Tenía Barbies rosas, peluches rosas, muebles de princesa rosas (que hoy en día sigo teniendo) e incluso mis sábanas eran rosas. Todo giraba alrededor del estereotipo de mujer que debía ser de grande. El rosa demuestra sutileza, perfección, “feminidad”. Al día de hoy todavía siento la

presión de ser así, según ese estereotipo, aunque en verdad nunca alcanzó a determinarme. Debo admitir que todo aquello lo elegí yo, mis padres jamás me sometieron a esa situación. Pero a veces quería jugar a los autos de carreras, al fútbol, al mecánico. A veces no quería ser una princesa y, en cambio, me gustaba ser un caballero o un pirata. Nadie me lo impidió, solo que eran la sociedad y la cultura las que demandaban que fuera lo contrario.

22 Mi familia vive lejos, en la provincia de Entre Ríos. Cuando era niña, más o menos desde los siete años hasta los diez, jugaba con mis primos a la mancha, a la escondida, pero sobre todo a los policías y ladrones. El juego consistía en que había dos bandos: los ladrones estaban encarcelados y tenían que cumplir con tareas diarias, y los policías debían castigarlos si trataban de escapar. El juego duraba horas y sí, era un poco violento. Por eso yo siempre era la policía, ya que tenían miedo de pegarme porque era una niña y ellos, unos niños. Yo no podía pegar tampoco, porque estaba mal visto que lo hiciera. (Es cierto, no se le pega a una mujer, pero tampoco a un hombre). Simplemente debía avisarles a mis compañeros varones que alguno estaba tratando de escaparse y ellos aplicarían el castigo. A veces yo quería ser ladrona, pero nadie me dejaba. En los juegos con mis primos existían esos micromachismos que existen hoy. Existían esos juegos “de varones” en los cuales yo insistía en participar, y mis primos tenían que dejarme hacerlo porque si no los delataba con sus padres, ya que usualmente no deseaban incluirme, porque era una niña.

Toda mi niñez me enseñaron a ser una niña pasiva, delicada, tranquila. Yo no era ninguna de esas hasta que la sociedad me insistió tanto que traté de serlo. Pero un día me enteré de lo que verdaderamente estaba pasando con las mujeres. Me enteré de los abusos, las violaciones, el acoso callejero, y sobre todo me enteré porque alguna de estas me sucedió a mí.

No puedo callarme más. Ninguna puede. Esta es mi historia y la de todas esas chicas que están ahí afuera, leyendo este relato, sintiéndose identificadas al hacerlo. Este es nuestro testimonio.



LOS TESTIMONIOS

Parte 1



Isabela

Isa es una chica con fuerte carácter, siempre lo fue. Solía escaparse a cualquier lado; jugaba a esconderse, a ser otra persona. Le hubiese gustado eso: ser otra. Por eso es que se zambulle en un mundo de fantasías en el que su realidad no es esta y puede ser lo que ella quiera ser. A veces, sueña con vivir en otro país, donde no haya tanta violencia en las calles, donde pueda caminar tranquila.

A Isa la empezaron a acosar en la calle cuando tenía doce años. Silbidos, frases como “che mamita, qué buena que estás” o miradas que mostraban deseo. Muchos dirán que no es para tanto, que son solo piropos. Pero a ella siempre le molestó, porque quienes le silbaban y le decían esas cosas eran personas mucho más grandes que ella. Se sentía incómoda e indefensa.

¿Qué le sigue a eso? ¿Una persecución por la calle?

20 de junio de 2019

Isa ya había cumplido catorce años. Estaba yendo a sus clases de danza de los martes a las seis de la tarde, cuando un tipo salió de un auto y le empezó a

silbar. Tendría treinta años, treinta y cinco. Comenzó a seguirla y de inmediato, Isa incrementó la rapidez de sus pasos; el tipo, también. Iba detrás de ella, a una distancia que todavía le daba ventaja a Isa. El tipo dejó de silbarle y pasó a gritarle frases como “qué buena que estás”, “te comería entera”, “me reponés”. Ella hacía oídos sordos, continuaba caminando más rápido. Y más. Y más. Hasta que empezó a correr. Él también, siempre detrás de ella. La calle se hacía cada vez más larga, el tipo se iba acercando cada vez más y a Isa se le iba cortando el aire, le costaba respirar. Del otro lado estaba la avenida. Solo unos pasos más... unos más hasta llegar hasta la gente. Finalmente lo consiguió. Desesperada, entró en un local y permaneció escondida hasta que el tipo desapareció. Eran las cinco y cincuenta y cinco de la tarde, estaba llegando tarde a danza. Dejó el local y se fue casi corriendo: consiguió entrar puntual a su clase, pero no dijo una palabra. Actuó como si todo hubiera estado normal, se rio, conversó, bailó, disfrutó. Pero cuando llegó a su casa, se tiró en la cama y comenzó a llorar. Jamás habría imaginado que le pasaría algo así. Una vez le había sucedido algo parecido en una plaza, estaba sola y un hombre había comenzado a seguirla, a decirle que estaba bonita, hasta que ella cruzó la calle y la dejó en paz. Jamás creyó que necesitaría correr. O gritar. O que la adrenalina le quemara todo el cuerpo. Jamás había sentido tanto miedo.

Pasaron cuatro años desde entonces y todavía sigue pensando en qué habría pasado si el tipo la hubiera alcanzado. ¿La habría secuestrado para violarla

y tirarla en una zanja? ¿La habría vendido para que la explotaran sexualmente, víctima de la trata de personas? Tan solo catorce años, y todo lo que le podrían haber hecho. Todo lo que hubiera sufrido. Todo aquello que soñaba para su vida, su vida misma habría quedado destruida. “Por suerte no le pasó nada” dirá la gente, pero sí le pasó: la acosaron y vivió cada segundo de esa horrible situación. Hoy en día va a terapia, pero tiene la mayor parte de sus recuerdos acerca de la violencia machista bloqueados. Aún no lo puede creer. No lo procesa. Pero pronto lo hará, ella sabe que sí.



Luna

30

Luna es una chica joven. Recién entró a la facultad para estudiar Licenciatura en Artes. A ella siempre le gustó el arte, tiene un don. Su capacidad artística, de expresarse de una manera creativa le viene del lado paterno. En cambio, el lado materno es más religioso y severo. Su padre siempre la dejó ser como ella quería. Con su padre, ella es libre de vestirse como quiere, de expresarse como quiere, de sentirse como quiere, de encontrar lo que le gusta. Su madre es estricta: se queja de que Luna utiliza ropa holgada, más “varonil”, por decirlo de alguna manera. Esa exigencia de la feminidad es lo que separa a Luna y a su madre. La mamá de Luna, a su vez, encuentra esa exigencia en la sociedad, donde le piden que se comporte como una señora hecha y derecha. Pero Luna no quiere ser así. Ella es soñadora, divertida, le gusta expresarse de la manera que desea, sin importarle lo que su madre le diga. Aunque a veces, un poco le afecta. Es doloroso que otros quieran que seas de otra manera y no cumplir con sus expectativas.

Luna es empática. Una vez me dijo: “Mi idea a futuro es usar lo que voy a estudiar para que los

demás sean como quieran ser. Quiero apoyar a la gente, quiero estar presente para los demás”. Esto me lo contó luego de lo que le sucedió con su expareja entre los años 2020 y 2021, tras lo cual consiguió salir adelante, con mucho esfuerzo.

Alrededor de septiembre de 2020, Luna comenzó a salir con un chico y se fue enamorando cada vez más. Todo iba bien, las cosas fluían, se querían mucho. Un día fue a la casa de él. Estaban contentos, pasaron el día juntos y luego se fueron a dormir. Ella se despertó sin saber por qué, para luego entender que su novio la estaba tocando mientras dormía. Esto sucedió repetidas veces cuando ella fue a su casa y él a la de ella. Luna le pedía que dejara de hacerlo y él le hacía caso, pero luego, continuaba haciendo lo mismo. Ella no sabía cómo pararlo, se sentía abrumada porque él no aceptaba sus límites, pero era su novio... ¿Qué le pasaría? Estaba tan enamorada de él, que hizo ojos ciegos.

Un día, Luna se enteró de que él la engañó con otra persona a los ocho meses de relación. Se sintió dolorida, triste. A pesar de que ella lo quería, se separaron y él continuó estando con la otra chica. Un tiempo después, Luna decidió echarle en cara todo lo que le había hecho. Él le pidió perdón, pero eso no era suficiente para Luna. Nunca lo es. Hay una lucha interna entre lo que una permite por temor, porque no puede poner límites por miedo al rechazo y al abandono, y el enojo porque el otro ha transgredido una y otra vez ese límite aun sabiendo lo que provocaba. Luna trata de ser fuerte, de no llorar, de crecer.

Carla

32

Carla tenía trece años cuando le pasó. Recién había entrado al secundario, con esa sensación de los comienzos: que todo era futuro, aprendizaje, lecciones, que hay una vida por vivir. A ella le gusta cantar, hacer deporte. De chica tenía una visión del mundo completamente diferente a la de su entorno. Esos estereotipos de que la mujer no debe tener pelo en las axilas o que le debe gustar el rosa, que debe ser “femenina”, esas ideas no estaban en su cabeza. Hasta que creció y vio que el mundo era totalmente diferente: que sí se tenía que depilar las axilas, que tenía que ser “femenina”. Entonces se acomodó a lo que la sociedad le exigía y su percepción cambió. A todos nos suele pasar, que creemos en algo y luego nos damos cuenta de que no es así, o puede no ser así; pero a Carla le pasó de un modo más *shockeante*. Toda su cabeza dio un giro de ciento ochenta grados.

La sociedad nos exige a todos que debemos hacer o ser de un modo determinado, pero a las mujeres más. Se nos exige, incluso, que crezcamos de golpe. Cuando tenemos nuestra primera menstruación, se dice que ya somos “señoritas”, es decir, que somos

grandes, cuando en realidad no es así. Sigo siendo una niña, estoy creciendo, me falta poco para dejar de serlo, pero déjenme hacerlo a mi manera, con tiempo.

En fin, cuando Carla entró al secundario, ya era “señorita”. Estaba descubriendo su sexualidad y conoció a un chico un año más grande que ella que iba al mismo colegio. Parecía dulce y era muy lindo. Este chico decidió invitarla a un pasillo de su escuela donde se encontraban las parejas para... hacer cosas de parejas.

33

Carla, muy entusiasmada, decidió ir. Se vieron cara a cara, estaban muy cerca y empezaron a besarse, cada vez más. El chico le pidió ir más atrás, en la parte del pasillo donde nadie los pudiera ver. Ella aceptó, no creía que fuera a suceder nada fuera de lo esperable para ella. Continuaron besándose en la parte trasera del pasillo, hasta que él la empezó a tocar. Siguió tocándola cada vez más, en distintas zonas que empezaron a incomodarla. Ella lo empujó, intentó separarse, pero él siguió. Lo empujaba cada vez más, una y otra vez, pero ella era más bajita y no tenía tanta fuerza, a diferencia de él que era muy alto y más fuerte. Carla estaba abrumada, ya no sabía qué hacer, lo intentó todo para pararlo. La situación continuó hasta que él se fue corriendo y la dejó tirada en el piso. Carla no sabía cómo reaccionar, cómo seguir, se sentía débil. Le costó regresar al aula, a su rutina, a su mundo.

No volvió a hablar con el chico y calló lo sucedido. Ni siquiera se lo contó a sus padres. Ellos tenían una mentalidad de otros tiempos, cuando no se hablaba

de este tipo de cosas y Carla temía ser juzgada. Pensaba que nadie le iba a creer, que la iban a rechazar. Hasta que cuatro años después varias compañeras empezaron a alzar la voz contra varios pibes del mismo curso de él que hicieron cosas parecidas. Probablemente el chico se asustó, porque la buscó a Carla para pedirle perdón, pero ella no le creyó su arrepentimiento. Todavía sentía que su herida jamás sanaría, o al menos así lo creía. Fue a terapia, pero le incomodó tanto que no encontró espacio para poder expresar lo que le había sucedido. Las acciones machistas perforan de por vida si no se encuentra un buen acompañamiento terapéutico. Aun así, su herida puede sanar, porque la ayuda siempre debe estar ahí para todas las chicas y para la gente que sufre por estas cosas. Eventualmente, todo se cura, todo tiene una resolución. Carla podrá volver a encontrarse a ella misma.

Celeste

Celeste tuvo su primera experiencia de violencia machista a los catorce años. Muchas la experimentamos a una edad más temprana, aunque estar en una situación así a los catorce es más que abrumante.

Desde pequeña, Celeste incorporó lo mismo que la mayoría de nosotras: que tiene que seguir los estereotipos, que debe ser sumisa. Hasta que llegó a la adolescencia y quiso vestirse como tenía ganas. Un día se puso una remera escotada y una pollera cortita y su padrastro le dijo que ya estaba lista para ir a la avenida Uruguay a prostituirse. Su madre se rio. Es así con los familiares grandes a veces. Cuando una empieza a crecer, a descubrir cuál es su estilo de ropa, qué le gusta hacer, ellos comienzan a juzgarte, con la excusa de que no es algo machista, sino una crítica personal porque “soy tu familia”, como dice el típico tío borracho cincuentón.

A Celeste le gusta caminar. Es algo que disfruta, una actividad del día a día: contemplar los alrededores, sentir el aire que corre por los pulmones y aunque el aire de la ciudad no es como el de los bosques de Bariloche, aun así despeja la mente por un ratito.

A veces necesitamos despejar nuestra mente de todo lo que nos pasa y más de un padrastro que dice tales cosas.

36 Celeste está en el quinto año del colegio secundario. Le gusta ir a su escuela, le encanta aprender. Al fin y al cabo es inevitable hacerlo, todos los días se aprende algo nuevo. Sin embargo, a veces prefiere no ir, ya que en la escuela también hay que socializar, y esto puede ser agotador para alguien que no está acostumbrado. Sinceramente, me identifico con ese sentimiento.

Un día que podría haber sido como cualquier otro, que había transcurrido con tranquilidad, cuando terminó el horario escolar Celeste se despidió de sus compañeras y se fue para su casa a pie. El día estaba lindo, soleado. Todo parecía marchar bien hasta que un tipo en moto la empezó a seguir. Se puso al lado de ella y Celeste comenzó a asustarse. El tipo le pidió direcciones para llegar al centro. Ella trató de dárselas y continuó con su rumbo. El tipo siguió al lado de ella y le dijo: “Bueno, ¿y para llegar al centro de tu cola?”. Celeste se asustaba cada vez más y aceleró su paso sin responderle. “¿Te puedo dar un beso, linda?”, le dijo el tipo. Ella lo ignoró, aguantándose las ganas de llorar, y él siguió: “¿Te puedo chupar la cola?”. Celeste corrió hacia una casa para pedir ayuda y entonces el tipo se fue. Recién entonces ella retomó rumbo a su casa. Pero ya no sentía el aire que pasaba por sus pulmones y no percibía el paisaje, no tenía la mente despejada. Solo percibía su corazón agitado, que palpitaba sin cesar y parecía que iba a explotarle.

Porque es imposible ignorar a una persona que te está acosando. Lo único que podemos hacer es sentir el asco, el miedo. Es correr.





BÄRENHAUS
EDITORIAL